

Serie: Conferencias No. 9

El Código Da Vinci y la fascinación de
"lo misterico"

| Ricardo Espejo Reese |

El Código Da Vinci
y la fascinación de
“lo misterico”



UNIVERSIDAD DEL PACÍFICO
CENTRO DE INVESTIGACIÓN

© Universidad del Pacífico
Centro de Investigación
Avenida Salaverry 2020
Lima 11, Perú

El Código Da Vinci y la fascinación de "lo misterioso"

Ricardo Espejo Reese

1a. edición: mayo 2006

Diseño de la carátula: Ícono Comunicadores

I.S.B.N.: 9972-57-096-7

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2006-3292

BUP-CENDI

Espejo Reese, Ricardo

El Código Da Vinci y la fascinación de "lo misterioso" (sic). - Lima :
Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico, 2006. - (Conferencias ; 9)

/NOVELAS ESTADOUNIDENSES/NOVELAS POLICIALES/
LEYENDAS/IGLESIA CATÓLICA/JESUCRISTO/BROWN, DAN/

82.3 (CDU)

Miembro de la Asociación Peruana de Editoriales Universitarias y de Escuelas Superiores (Apeyu) y miembro de la Asociación de Editoriales Universitarias de América Latina y el Caribe (Eulac).

El Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico no se solidariza necesariamente con el contenido de los trabajos que publica. Prohibida la reproducción total o parcial de este texto por cualquier medio sin permiso de la Universidad del Pacífico.

Derechos reservados conforme a Ley.

INTRODUCCIÓN	11
<i>El Código Da Vinci</i> y la fascinación de "lo misterico"	13
La novela policiaca	15
La fascinación por lo misterico	17
El Santo Grial	19
El "nuevo grial"	22
La "desconfianza" en la Iglesia	23
Las derivaciones de palabras	29
AMON L'ISA	30
La mezcolanza de siglos y personajes	31
Cristo, Dios por votación	33
Los custodios del secreto	35
El uso de símbolos	39
El pentáculo (pentaclo)	39

INTRODUCCIÓN

El Código Da Vinci ha sido una de las novelas de mayor éxito editorial de los últimos años, se ha traducido a una docena de idiomas y ha vendido un número ingente de millones de copias. Estuvo en el primer lugar de ventas de los Estados Unidos durante semanas enteras y ha dado lugar a una serie de secuelas bibliográficas y réplicas.

Hay libros que ofrecen “traducir” las claves del *Código*, como el de Enrique de Vicente (que en su primer año tuvo que lanzar tres ediciones). Otros escritos, en cambio, reaccionan de manera virulenta en contra de las afirmaciones del *Código*, tratando de desacreditar la obra, al autor o a ambos, acusándolos de estar financiados por enemigos de la Iglesia católica, y tildándolos hasta de satánicos.

La obra de Dan Brown constituye un fenómeno que trasciende del ámbito meramente literario, e incluso, del religioso-cristiano, pues llega a “tocar” disciplinas que parecieran no tener que ver con una novela policiaca, tal como la Economía. ¿Cómo explicar desde la teoría econó-

mica el enorme éxito de esta obra, cuya calidad literaria es discutible? ¿No es acaso el **mercado** el juez supremo al que debemos someternos? Si no se encuentra una razón explicativa valedera para este éxito editorial, ¿habrá que dedicarnos a producir, sin más, novelas policiacas mediocres? (y la califico con este adjetivo pese a no ser un crítico literario, aunque sí un aficionado al género policiaco).

| *El Código Da Vinci* y la fascinación de | “lo misterioso”

La novela policiaca

No es la intención de esta conferencia el hacer un análisis literario de la obra, aunque la opinión vertida merezca dos palabras de explicación.

Me parece que el inicio del *Código* es fascinante: el encriptamiento de los mensajes, las promesas que hace a través de las formas de algunos de sus *dramatis personae* y la importancia misma del secreto que un moribundo ha tratado de transmitir con sus últimas fuerzas.

En la medida en que avanza la trama, estas promesas comienzan a diluirse. Personajes como el capitán de policía parisino, que con la fortaleza de carácter y la astucia que mostraba en esta primera parte, aspiraba a tener un papel de gran importancia en el posterior desarrollo de la novela, y que termina disolviéndose en un mero sabueso perseguidor. Ese llamativo asesino albino, que vendría a representar al **Opus Dei** (“anormal” y “fanático”), que queda convertido en el “mandadero psicópata” de un simple chantajista. La propia búsqueda del Grial, ¡la sangre de Cristo!, que finalmente queda en nada concreto.

El centro de la acción deriva hacia una serie de “carreritas callejeras” sin mayor estructura, que parecen ser solamente una suerte de “puntos y comas” entre las conversaciones que sostienen, principalmente, el estadounidense Robert Langdon (el héroe de la novela, sin quererlo) y su amigo Sir Leigh Teabing, quien es, en palabras del autor, el mayor experto mundial en “El Santo Grial” y en el “Priorato de Sión”.

Estas conversaciones, de supuesta exactitud histórica y aparente erudición, se constituyen en el nuevo quehacer de la trama y giran en torno a un supuesto secreto ocultado por “**La Iglesia**”, aunque el autor no se preocupe siquiera por especificar de qué Iglesia está hablando en referencia a cada momento histórico; estos son presentados de una forma tal, que queda la impresión de que hubieran transcurrido en paralelo o poco menos.

Los sucesos sobre los que tratan estas conversaciones abarcan desde la supuesta huida de María Magdalena, que habría que fechar en la tercera década del siglo I, pasando por la configuración del Nuevo Testamento a inicios del siglo II, el Concilio de Nicea en el siglo IV, la dinastía merovingia en el siglo VII, y la aparición de la Orden Del Temple (y el supuesto Priorato de Sión) en el siglo XII, o la Inquisición en el siglo XIII. ¿Habrá que decir, parafraseando las encuestas de opinión, que el margen de error en las fechas es de (+/-) ocho siglos?

La pregunta que habría que hacer sería: bajo el rótulo de “**La Iglesia**”, ¿se habla de la Iglesia católica romana, de la ortodoxa griega, de la Iglesia nestoriana maronita, de la Iglesia copta monofisita?, todas ellas existentes desde los primeros siglos de nuestra era, ¿o de las posteriores Iglesias luterana, calvinista, evangélica, etc.? Puesto que

todas ellas se verían afectadas por igual en caso fuera revelado un secreto que mostrara como falsa la creencia en la divinidad de Cristo.

El asunto de las fechas o la exactitud de las referencias, no debería representar una dificultad mayor, tratándose de una novela (y por lo tanto, de ficción), salvo porque en la página anterior al inicio de la novela misma el autor consigna un acápite titulado "**Los hechos**", cuya última parte dice a la letra: "**Todas las descripciones de obras de arte, edificios, documentos y rituales secretos que aparecen en esta novela son veraces**". Con tal ofrecimiento, sí tenía la obligación de cuidar la concordancia de las fechas y datos, más aún si tal ofrecimiento debía evitar una confusión tan grande como la que se genera con su referencia a "**La Iglesia**".

La fascinación por lo místico

¿Habría tenido esta novela el mismo éxito si hablara sobre un secreto que afectara a la Independencia de los Estados Unidos o a la persona de George Washington, como el descubrir que se trataba de un agente inglés que se cambió de bando? Pienso que no. Su éxito radica en el hecho de poner en juego un secreto religioso, que a través de la historia haya dado a sus poseedores un poder único y reservado a los miembros iniciados del grupo.

A esto es lo que, en Teología, se denomina **grupo místico** ('místico' viene de *mystis*, que en griego significa 'iniciado'). Se trata de un grupo cerrado de muy difícil acceso, que afirma poseer un conocimiento arcano y primigenio, accesible solo a ciertos miembros, y que les otorgaría un poder trascendental, y no la mera capacidad

de chantajear a alguien en busca de dinero, que es lo que, finalmente, se sostiene en la novela.

Los grupos místéricos no han sido pocos a lo largo de la historia y no siempre han tenido que ver con el cristianismo. Así, encontramos en el Imperio Romano, **antes del nacimiento de Cristo**, a los gnósticos (una de cuyas ramas aspiró a hacerse cristiana bastante entrado el siglo II); a los adoradores de Isis egipcia, que fueron reprimidos hacia el año 19 por Augusto, tal como narra Plutarco en su *Historia y vida de los Césares* (XCIII); a los sacerdotes de Mitra y de Eleusis, cultos de procedencia mesoriental que pretendieron aprovechar la crisis en la que estaban entrando los dioses homéricos entre las clases romanas más cultivadas, con el propósito de reemplazarlos, obteniendo en el proceso ingentes ganancias económicas y poder político.

Todos estos grupos trataron de adaptarse al gusto de sus "clientes romanos", cambiando los principios de sus planteamientos originales, modificando sus sistemas simbólicos, en fin, acomodándose a lo que quisiera su público. A este fenómeno de adaptación se le llama "**religiones a la medida**". Se trata de diseñar una religión como si fuera un producto comercial.

A modo de ejemplo, citaré a la gnosis (que provenía del mazdeísmo persa), la cual modificó su complicadísimo sistema de seres intermedios (o eones) entre el dios del bien, totalmente espiritual e incognoscible, y el dios del mal, totalmente material y responsable de todo el mal del mundo.

Por necesidad, fueron simplificando dicho sistema, y de los treinta eones superiores originales que había que estratificar en cuatro niveles, se terminaron quedando solo

con tres niveles y pocos eones, que posteriormente, hacia el año 180, en su intento de adaptarse a la mentalidad cristiana, dejaron en solo tres niveles: El Padre, Cristo y los ángeles.

Las religiones místicas siempre han tenido un importante atractivo, por la posibilidad de hacerse uno más de lo que naturalmente es. La posibilidad de alterar la propia naturaleza a través de ese conocimiento. El "**Ser como dioses**" del libro del *Génesis*. Esto lo encontramos hasta la actualidad en grupos gnósticos sobrevivientes como la Nueva Acrópolis, los rosacruces (Logia AMORC), La Escuela de la Eterna Armonía, e incluso, en los masones (tema central del próximo libro de Dan Brown).

El Santo Grial

En la novela que nos interesa, la sabiduría secreta proviene del **Santo Grial**, así como en la película *Los cazadores del Arca perdida* el poder procedía del Arca de la Alianza hebrea (tal vez seamos testigos de cómo el personaje de Robert Langdon termina convirtiéndose, por arte de la magia cinematográfica, en un nuevo Indiana Jones. Robert Langdon es además el personaje central de la novela *Ángeles y demonios*, cuyos derechos cinematográficos también han sido vendidos a Columbia Pictures).

El **Santo Grial** es una leyenda medieval que aparece en Francia o en Inglaterra en la Alta Edad Media (siglos VI al IX). La palabra "grial" se encuentra en la primitiva lengua de Oc, antecesora del francés, hacia fines del siglo VII, y designaba un depósito o plato usado para contener alimentos. No se trata de una copa o un cáliz, puesto que en aquellas fechas y lugares tales implementos no eran

conocidos. Se bebía en cuernos de animal o en los propios platos. Esta palabra, que encontramos escrita como *graal* o *greal*, se aplicó posteriormente a la supuesta copa en la que Jesús celebró la Última Cena, y que habría sido utilizada por José de Arimatea para recoger la sangre de Cristo durante la crucifixión.

Aquí tenemos ya una serie de problemas. El primero de ellos es que tras la detención y posterior condenación de Cristo, todos sus discípulos varones, salvo Juan, lo habían abandonado; los cuatro evangelios “**canónicos**” (digamos, de momento, “oficiales”) coinciden en afirmar que durante la crucifixión solamente acompañaron a Cristo el apóstol Juan y las mujeres que le habían seguido desde Galilea. Se mencionan con nombre propio a María Magdalena (los cuatro evangelios); a María, la madre de Santiago el Menor y José (o Joset), también llamada María de Cleofás, que era tía de Jesús (los cuatro); también a Juana (Lc.), a Salomé (Mc.) y a la madre de los hijos de Cebedeo (Santiago el Mayor y Juan) (Mt., Mc., Lc.). Ni sombra de José de Arimatea, quien, siendo un noble y rico judío, difícilmente se presentaría en una crucifixión, fuera esta de quien fuera (la crucifixión era una pena romana y presenciarla le recordaba al pueblo de Israel su situación de dominación por Roma).

Otro problema estriba en que si ninguno de los apóstoles (ni tampoco las mujeres) esperaba la resurrección, ¿a razón de qué, entonces, José de Arimatea habría recogido la sangre de Jesús?, en especial tratándose de un acto repulsivo para la mentalidad judía el entrar en contacto con sangre, ¡con cualquier sangre!

El asunto de la «Sangre de Cristo» contenida en el Grial es una leyenda medieval que va en línea con la obtención de la vida eterna a través de esa sangre; y su origen, casi seguro, está en el llamado "Sermón del Pan de Vida", en el capítulo VI del evangelio de San Juan, en el que Jesús afirma **"El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna (...)"**, aclarando a continuación que esto está referido a que él es **"el pan bajado del cielo; (...) el que coma de este pan vivirá para siempre"**.

Se trata de un texto claramente referido a la eucaristía, pero, sin embargo, de muy fácil deformación, si se toma literalmente la frase que menciona **la sangre**, separándola del resto; y esto no sería raro en pueblos como el europeo medieval, en el que era escasa la habilidad de leer, y más escasa aún la disponibilidad de biblias fuera de los monasterios.

Un oyente bien intencionado, que escuchara esta lectura de boca de algún sacerdote o monje poco cultivado que no la explicara adecuadamente, podría con facilidad dejar que se le inflamara la imaginación con la idea de un recipiente que contuviera la sangre física de Cristo y pensando en los inmensos poderes que tendría. Se trataría del objeto más puro posible. La búsqueda ideal para el caballero perfecto. Pasar de allí a la imagen de un reino perfecto y desconocido en el que descansara tal reliquia sería muy fácil; este es el origen de **"Ávalon"** dentro de las leyendas del rey Arturo y la Mesa Redonda (que habrían surgido en el País de Gales hacia el siglo VI), y el caballero perfecto, que sería (según la versión que se tome) Sir Perceval o Sir Galahad.

El “nuevo grial”

Hoy en día, sería extraño que tales leyendas llamaran seriamente la atención de alguien (aunque sí tengan mercado en el ámbito cinematográfico), y aquí radica la astucia de Brown en esta novela. Reactualiza el deseo de buscar el Grial, alejándolo de la imagen simplona de una reliquia física y trasladando dicha imagen a algo vivo, a personas descendientes del propio Cristo, lo que vendría a ser la línea sucesoria de los reyes merovingios.

¿Por qué se elige a esta estirpe real, que terminó gobernando Francia, siendo que la leyenda puede haberse originado tanto en Gales en Inglaterra, como en el Languedoc en Francia? Pues porque la veneración a María Magdalena y a una serie de “**Marías**” no identificadas es muy fuerte en esta zona de Francia, y porque para hablar de una descendencia de Jesús se necesita de una mujer, embarazada de su semilla, que vendría a ser la Magdalena. Además de esto, la casa real merovingia ya había reclamado orígenes divinos (aunque paganos).

Según la leyenda, Meroveo, el iniciador de la estirpe en Francia (más exactamente en la Galia Céltica, alrededor del año 405), se presentaba como una especie de semidiós, puesto que su madre había sido embarazada por “**una criatura de Neptuno**”. El recurso de sustentar una estirpe real en dioses o semidioses no fue raro en el mundo romano, era una forma de atemorizar a los posibles competidores y enemigos (piénsese en el sirio Antíoco Epífanos, “El que se manifiesta en la Gloria”; en el “divino” Julio César; o en el emperador Flavio Domiciano, con su pretensión de ser adorado).

Más adelante, los merovingios, ya dentro del Imperio Romano, pretenderán ser descendientes de Eneas, el héroe de Troya, hijo del humano Anquises y de la diosa Afrodita.

El Código toma esta leyenda del siglo V y la reinterpreta. Según la novela, los orígenes divinos reclamados por los merovingios procederían del hecho de que entre sus ancestros corría la sangre de Cristo. Sería muy interesante saber de dónde podría sacarse el árbol genealógico que estableciera esta relación a lo largo de 350 años.

El primer merovingio convertido al cristianismo fue Clodoveo, en el 498, tras su triunfo sobre los alamanes. Esta conversión está abundantemente documentada por Gregorio de Tours, Avito de Viena y Remigio de Reims. Si la descendencia de Cristo se había mezclado con los merovingios sin lograr su conversión en todo un siglo, habría que cuestionar su convicción apostólica cristiana.

La “desconfianza” en la Iglesia

El autor del *Código* maneja hábilmente datos semihistóricos que son presentados mezclados con leyendas al lector, a quien se induce a creer “**que él siempre sospechó**” que había algo de esto, y que le fue ocultado por razones subalternas por “**La Iglesia**”.

La institución más propicia para desempeñar el papel de mañosa ocultadora de la verdad es asignado, aparentemente, a la Iglesia católica, que llena muy bien el molde necesario para que tal acción sea creíble a lo largo de tantos siglos.

En el hombre se da una búsqueda permanente de trascender sus propias limitaciones naturales. Así, queremos vivir indefinidamente, aun cuando la propia inteligencia de la inevitabilidad de la muerte debería prepararnos para su llegada. Queremos estar en dos lugares al mismo tiempo, sabiendo que solo podemos estar en uno. Ansiamos determinar nuestra propia naturaleza, señalando nosotros mismos los límites que le daríamos, y para eso recurrimos a estimulantes químicos o psicológicos que nos creen tal ficción.

Esto no es sino la expresión de esa chispa de sobrenaturalidad que se da en nosotros, que, siendo seres limitados, estamos marcados por este referente infinito, el cual nos hace buscar un objeto de características infinitas que nos satisfaga.

Decía San Agustín de Hipona:

“Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en tí”¹.

Esta suerte de profesión de fe de un “Santo Padre” católico es una realidad comprobable para el hombre común que, independientemente de que profese el cristianismo o cualquier otra religión, constata en sí mismo, y en quienes lo rodean, que el mundo del día a día, el cotidiano, el inmanente, no lo satisface a plenitud... Que siempre se queda con “hambre”... Que los mayores logros de la humanidad se sienten siempre como parciales; que son siempre la plataforma desde la cual hay que empezar otra

1. *Confesiones*.

vez en la búsqueda de un nuevo logro, a ver si esta vez sí se llega a sentir realizado, a ver si esta vez percibe que ya ha llegado a la meta..., cosa que nunca se produce y que, de producirse, de darse el caso que alguien llegara a sentirse plenamente realizado, parecería que "se rindió" ..., que "se conformó" ..., que "fracasó".

Sea uno creyente o no, practique una religión u otra, es innegable que la búsqueda de lo absoluto es una constante humana permanente. Aún no se ha encontrado una cultura que se desarrolle al margen de tal búsqueda, que normalmente se concretiza en forma de religión o de religiosidad; la necesidad de "lo trascendente" es permanente en todo lo humano.

Es esta búsqueda la que nos da alas y nos impulsa a buscar, siempre a buscar más. Lamentablemente, religiones con un cuerpo de doctrina revelado por Dios, como el cristianismo católico, en el afán de evitar las desviaciones y los errores interpretativos de la revelación divina, han construido a lo largo de los siglos una complicada teología, tan frondosa que son pocos los que pueden ver en ella con claridad.

Esta teología se complicó tanto, que desde hace ya muchos siglos resulta casi imposible transmitirla al común del pueblo católico, que no quiere ser teólogo, que simplemente quiere acercarse a su Dios.

Tal dificultad práctica fue "resuelta" por predicadores simplones con el fácil recurso de presentar "**la doctrina de la Iglesia**" (sin mayor explicación) como una respuesta de autoridad plena, absoluta y total a todos los misterios y cuestiones de Dios, de Cristo o de la Redención; "**La Iglesia lo dice...**". Con esto, sin querer, "mataban" el ansia por lo absoluto de los mismos fieles a quie-

nes estaban tratando de satisfacer. Se les transmitía inadvertidamente **“que ya no había más...”**.

Si yo sentía en mí una apertura hacia lo infinito, y los **“representantes”** de Dios me decían tener todas las respuestas (que eran siempre lecturas humanas), me estaban cerrando la puerta a mi búsqueda de totalidad.

Ellos ya tenían todas las respuestas y las sostenían con tal arrogancia, y con tales amenazas de castigos infernales para el que se saliera del sendero, que ya no cabía más búsqueda. ¿No es lógico que una posición tal generara en mí una especie de amargura..., de rencor...? ¿Acaso no me estaban ahogando en mi esperanza de encontrar a Dios..., más allá de los hombres? A esto se denomina **“clericalismo eclesial”**, el que los clérigos sean vistos como los únicos intérpretes válidos y autorizados de Dios.

Dentro de la doctrina católica es claro el papel único del Papa cuando habla como maestro universal de la Iglesia; cuando define un dogma, cosa que sucede muy de tarde en tarde, no se puede equivocar. Dice la verdad, pero no dice **toda la verdad**, porque Dios siempre será más de lo que podamos decir o entender.

Citando nuevamente a San Agustín, él decía:

“Si lo entiendes, ya no es Dios. Si creíste haber entendido, te engañó tu imaginación, y si de verdad entendiste, entendiste otra cosa”².

Este papel único **es del Papa**, no de cualquier sacerdote u obispo, que por supuesto se equivoca, y mucho.

2. Sermón 52.

Jamás se ha afirmado que los sacerdotes sean infalibles, ni, mucho menos, los únicos intérpretes autorizados de la palabra de Dios. No obstante, muchos se presentan, implícitamente, como si lo fueran³.

Es esta realidad la que genera la desconfianza hacia la Iglesia católica representada por tales clérigos, y que nos hace sentir que están manipulando la verdad de Dios u ocultando lo que a ellos no les conviene.

En tal situación psicológica más o menos consciente, resulta una verdadera “piedra de toque” el acusar a la Iglesia de esconder secretos revelados por Dios, porque así revive en mí la esperanza de hallar algo más..., algo que me acerque a Dios sin estos autoproclamados intermediadores.

Dan Brown ha percibido esto (no ha sido el primero), y lo ha utilizado con mucha astucia en su novela, acusando a la Iglesia católica de mantener terribles secretos, sabiendo que el terreno será fértil por el rencor y la pérdida

3. Ya en la época antigua, Jerónimo de Estridión, el traductor de la *Biblia* que usó la Iglesia católica durante 1.500 años, llama la atención de sacerdotes y obispos que interpretan su misión en el sentido arrogante de que la salvación depende de la decisión del clero, como si pudiesen condenar a los inocentes o perdonar a los culpables sin que, antes, se hubiesen arrepentido; y los compara con los fariseos. El Santo Padre de la Iglesia hace un paralelo de esta actitud con un texto del Antiguo Testamento (*Levítico 13*), en el que se ordena que el sospechoso de padecer lepra se presente ante los sacerdotes, que lo declararán “puro” o, de ser el caso, “impuro”. No se trata de que la declaración del sacerdote le produzca la lepra o la cure, sino que él tiene el conocimiento necesario para reconocer al enfermo o al sano (cf. San Jerónimo. “Comentario al evangelio de San Mateo (16,19)”. En: P. L. 26, 122).

de ilusión sufrida por la gente. ¿Qué podría ser más exitoso que ofrecer una salida a la necesidad de trascendencia de sus lectores, **encapsulada** por esta forma clericalizada de presentación del cristianismo?

Por supuesto que, fijado “**el malo de la película**” (la Iglesia católica), resulta muy fácil elegir como punto de ataque anexo a quien represente lo más intenso de esa característica que se está atacando. A quien concentre lo más clerical, lo más cerrado, lo más autoritario..., **lo más sospechoso**, y ese es, en este momento, el Opus Dei.

Hace tres siglos, en la época de la Ilustración, este papel fue de La Compañía de Jesús, que llegó a ser expulsada sucesivamente de todos los reinos de Europa y, finalmente, disuelta por la propia Iglesia católica durante varias décadas, aunque posteriormente fuera restaurada.

No quiero insinuar con esto que creo o espero que el Opus Dei vaya a ser disuelto en un futuro, eso solo Dios lo sabe. Solamente estoy compartiendo mi lectura del porqué de la facilidad de atacar a la Iglesia por “**clerical**”, o a los miembros más representativos de ese clericalismo.

En la medida en que el cristianismo católico presente la verdad revelada por Dios con la humildad propia de esos “**siervos inútiles**” de los que habla Jesús en el evangelio de San Lucas (Lc. 17, 10), este sentimiento de rencor y de revancha disminuirá, al igual que disminuirá el afán con el que muchos católicos buscan satisfacer su ansia de trascendencia en otras confesiones religiosas, sean estas de corte evangélico (en las que Dios te habla directamente a ti, y tú interpretas lo que Él te dice) o de corte orientalista, hindú o budista.

Nunca la interpretación de un hombre podrá satisfacer el ansia por lo absoluto. Simplemente la trasladará a

una búsqueda por “**lo misterico**”, hacia esos secretos que sospecharé que me han ocultado. Aquí radica gran parte del éxito editorial de la novela.

Volviendo al texto de la novela, quisiera analizar un par de elementos utilizados por el autor, y que constituyen sus trucos más visibles:

Las derivaciones de palabras

El autor gusta mucho de hacer derivaciones de palabras para tratar de “mostrar” significados ocultos, que hagan sentir al lector que a través de la lectura de la novela va adquiriendo una cierta capacidad de comprender **más que antes**. Voy a citar solamente un par de estas derivaciones; la primera es de las más fáciles de detectar, y se encuentra en la página 145⁴:

“<**La flor de lis... la flor de Lisa... la Mona Lisa**> (que, por cierto, debía ser “Monna Lisa”).

Todo estaba entrelazado, todo era una sinfonía silenciosa en la que resonaban como un eco los secretos más recónditos del Priorato de Sión y de Leonardo da Vinci”.

Lisa Gerardini del Giocondo (o La Gioconda) fue la esposa de Francesco del Giocondo, dama florentina cuyo retrato fue encargado a Leonardo en 1503 y concluido en 1506. Leonardo pintó durante este período varios retratos de la dama, aunque solo conservamos este, sin que sea posible afirmar si los otros retratos fueron concluidos o

4. Brown, Dan. *El Código Da Vinci*. Barcelona: Urano. 2003. pp. 557.

no. Aunque se conserva un boceto de Rafael Sanzio (pintado en 1504, mientras visitaba a Leonardo), en el que aparece un fondo con columnas que el original del Louvre no incluye. De hecho, ni siquiera podemos saber si el cuadro que tenemos es la mejor versión, puesto que el palacio del Giocondo se incendió totalmente cuando Florencia fue invadida por las tropas francesas de Francisco I (que también destruyeron el modelo, hecho por Leonardo, de una enorme estatua ecuestre de Lorenzo de Médicis). ¿Qué habrá tenido que ver la flor heráldica de Francia con esta señora florentina, salvo en la imaginación del autor?

No obstante la nula relación real de lo citado, Brown hace a continuación otra derivación. En la página 154, menciona una charla dada por **Robert Langdon**, en la que habla del dios egipcio de la fertilidad, Amón, y de su contraparte femenina, Isis, cuyo pictograma era, afirma, **L'ISA**. Así, combinando ambos nombres, obtiene:

AMON L'ISA

Que vendría a ser un anagrama de **MONA LISA**. Esto merece un premio a la imaginación simplona. Habría que ver cómo explicaría el autor que la cultura italiana se hubiera visto forzada por el Vaticano a utilizar el término "**Mona**" para designar a una señora, de tal manera que el anagrama "calce". Y el término, por cierto, debería ser "**Monna**", así que la cosa ya no funciona tan facilistamente.

Lo mismo sucede con la palabra "**Grial**", a la cual hace "evolucionar" de la siguiente manera:

"Santo Grial"

"Sant Grial"

"Sang Real"

"Sangre Real"

Un nuevo premio a la imaginación del autor. De una vasija, convierte a la expresión en un asunto de descendencia dinástica, y en este proceso, ni siquiera respeta el nombre original de la vasija de la leyenda, que no era "Santo Grial" sino simplemente **"El Grial"** (de la misma manera que se habla de "La Cruz", sin necesariamente anteponerle el calificativo "Santa" o "Santísima"), cosa que no conviene porque ya no se podría derivar el asunto hacia una casa real.

La mezcla de siglos y personajes

Otro asunto que le gusta mucho al autor es mezclar siglos y personajes. Aquí quiero centrarme en el tema de los evangelios, de su supuesta selección del emperador Constantino y el Concilio de Nicea, con la supuesta declaración de la divinidad de Cristo.

Los cuatro evangelios "canónicos" (reconocidos por todas las Iglesias cristianas) fueron escritos durante el siglo I. Se trataba de escritos privados con algún destinatario particular, que podía ser una comunidad específica o una persona individual, y que el autor hacía circular entre sus amigos cristianos. Evidentemente, algunos serían simples escritos piadosos pensados, incluso, como cuentos para niños. Los pocos cristianos existentes se consolarían de su situación de marginación (en general fueron

mal vistos, incluso antes de las persecuciones), leyendo y compartiendo dichas "historias". No se piense, por favor, que en esta época se podía ir a una librería y pedir un ejemplar de los evangelios.

En las siguientes décadas, las diversas comunidades cristianas fueron desechando una serie de "evangelios apócrifos" como los "evangelios de la infancia", el "evangelio de José el carpintero", el "evangelio de los egipcios" o "el evangelio de Pilato", fácilmente reconocibles por su simplicidad y milagrería infantil, y fueron quedándose con los cuatro que son reconocidos hasta hoy⁵.

Esta selección respondió al *consensus fidei* (consenso de fe) de las comunidades cristianas, así como al testimonio vivo de quienes habían oído directamente a los propios apóstoles, que constituían los únicos testigos directos de la vida y mensaje de Cristo.

Alrededor del año 100, se menciona expresamente a los "**evangelios canónicos**" (*Mateo, Marcos, Lucas y Juan*) o se les cita en varios documentos de la época, como las cartas de Clemente Romano (98), Ignacio de Antioquia (110), Policarpo de Esmirna (115) o Papías de Hierápolis (130). A partir del año 180, ya tenemos una lista oficial en el llamado "Código Muratori".

Según Dan Brown, los cuatro evangelios fueron seleccionados de una lista mucho mayor por el emperador Constantino en el año 325, **¡ciento cincuenta años des-**

5. Por cierto, estos "evangelios" apócrifos jamás fueron secretos ni ocultados. Yo los tengo en mi biblioteca en la edición española de la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC) del año 1958. Se trata de una editorial plenamente católica y cuyos libros cuentan con la censura eclesialística de estilo.

pués! ¿Error histórico del autor o afán por fortalecer esa desconfianza en “**La Iglesia**” que le está reeditando tan buenos dividendos?

Estos cuatro evangelios coinciden en sostener que, tras la captura de Jesús, solamente lo siguieron Juan y, a distancia, Pedro, que los restantes nueve apóstoles se fugaron para evitar la ira de la muchedumbre. Tras el juicio, y ya menguado el peligro, solo estuvieron junto a la cruz las mujeres y Juan, mientras que todos los demás apóstoles (incluido Pedro) seguían ocultos “**por temor a los juicios**” (Jn. 20, 19).

Si, como indica *El Código*, estos evangelios fueron escogidos por “**La Iglesia**” con el propósito de resaltar la imagen masculina y desnaturalizar el papel de las mujeres, en general, y de María Magdalena, en particular, pareciera haber un auténtico contrasentido, puesto que los hombres actuaron cobardemente, mientras que las mujeres lo hicieron con valor y convicción. Lo mismo puede decirse sobre la reacción **de fe** ante la resurrección; primero los ángeles (Mt., Mc., Lc.), y luego el propio Cristo resucitado, le hablaron antes a las mujeres; y cuando las mujeres llevaron la noticia a los apóstoles, estos no les creyeron (Mc., Lc.) o al menos dudaron de la resurrección (Jn.). ¿Quién tuvo una mejor respuesta de fe?

Cristo, Dios por votación

Otra afirmación radical del *Código* es que Cristo fue adorado como Dios solamente desde el siglo IV, tras una votación no muy clara en el llamado Concilio de Nicea, convocado, presidido y manejado por el emperador Constantino y por “**La Iglesia**”, que tanta desconfianza

parece merecer. Todo esto pese a que abundan los textos, desde el siglo I, que afirman a Cristo como Dios. El *Código*, sin embargo, sostiene que tal calificativo recién le fue aplicado tras la votación del citado concilio, deviniendo así en **“Dios por elección”**. El asunto no es tan simple.

Este concilio fue celebrado en el 325, solo doce años después de terminadas las persecuciones, y lo que aquí se trató fue **cómo entender que Cristo fuera Dios y a la vez fuera “El hijo de Dios”**; manteniéndose, al mismo tiempo, la fe en la existencia de un solo Dios.

Acababa de aparecer una corriente teológica llamada arrianismo, que planteó que **“El Hijo”** era un ser muy especial, creado directamente por El Padre. **“El Hijo”** sería el único creado directamente, puesto que todo lo demás habría sido creado **“a través del Hijo”**; así, **“El Hijo”**, por su cercanía única con El Padre, merecería ser considerado como engendrado. Se hizo así una mixtura en la que El Hijo resultaba siendo engendrado y creado. Por esta razón, y no por su propia naturaleza, es que Cristo podría ser adorado, sería Dios por su proximidad con El Padre, pero, en realidad, el único que sería Dios esencialmente sería El Padre.

El Concilio de Nicea se reunió por tal motivo, para pronunciarse sobre esta teoría, pero aunque lo hizo a instancias y con el apoyo de Constantino, a este solamente le interesaba mantener la paz en su imperio, puesto que tales temas desataban tensiones tan fuertes entre la gente común que hacían posible el riesgo de una guerra civil. A modo de ejemplo de tales tensiones, citaré lo que escribe San Gregorio de Nisa:

“Preguntas por el precio del pan, y te responden que El Padre es mayor que El Hijo y que El Hijo está subor-

dinado al Padre. Preguntas si el baño está listo y te responden que El Hijo fue creado de la nada... ¡Basta!"⁶

Para esta fecha, Constantino aún no es cristiano, recién se bautizará diez años después. Su único interés es evitar un conflicto religioso, y no ocultar la figura femenina, para lo cual tendría que haber comenzado por "ocultar" a su propia madre Santa Elena, quien gustaba mucho de intervenir en la política imperial.

El Concilio de Nicea definió que El Padre y El Hijo eran de la misma naturaleza divina, manteniéndose, al mismo tiempo, el monoteísmo. De igual manera, definió que eran distintos como personas; así, El Padre era padre y El Hijo era hijo. Iguales como naturaleza y distintos como persona. En ningún momento se había puesto en duda la divinidad de Cristo; a lo sumo, se discutió si sería una divinidad esencial o derivada.

Los custodios del secreto

Cómo entroncaría o qué papel les correspondería en todo esto a los caballeros templarios o a ese supuesto "**Priorato de Sión**", cuya fecha de origen estaría en el 1099, es algo que el autor no se molesta en señalar. Simplemente salta de lo uno a lo otro como si ambos sucesos se hubieran producido en épocas afines y no con 770 años de diferencia.

Una vez más, nos encontramos con el manejo de elementos atractivos por su contenido misterico, puesto que los templarios tienen la fama de haber adquirido sus enor-

6. Citado por Alfred Lapple en "Jesús de Nazareth".

mes riquezas y poder gracias a **secretos mágicos diabólicos** procedentes de los “**sarracenos**”. ¿Quién no ve esto como algo atractivo?

Los caballeros templarios (**Orden de los Pobres Caballeros de Cristo**) fueron una novedad para la época. Fueron fundados en 1119, tras la primera cruzada, por Hugh de Payns, y confirmados por la Iglesia Católica en 1128 (en el sínodo de Troyes). Se trataba de una extraña combinación de caballeros-monjes, que además de los tradicionales votos de pobreza, castidad y obediencia, tenían un cuarto voto, el de defender con la espada “los santos lugares”.

Hay que considerar que la primera cruzada fue la única auténticamente idealista (las demás se llevaron a cabo por el ansia de aventura o la ambición política), y la única que triunfó, pues en ella los cruzados, al mando del duque Godofredo de Buillón, tomaron la ciudad de Jerusalén. Estos **Caballeros Templarios**, fundados veinte años después de la toma de la “Ciudad Santa”, solicitaron al Rey Balduino II la “gracia” de que se les permitiera habitar las ruinas del Templo de Jerusalén, destruido por los romanos mil años antes. Su humilde petición (aún no habían sido reconocidos como orden religiosa por la Iglesia) les fue concedida.

Tomando como punto de partida tal concesión, Dan Brown comienza a especular que los caballeros excavaron en **los sótanos** de las ruinas, en busca de “**un secreto oculto**” que les concediera gran poder, y que finalmente lo hallaron. Tal secreto consistiría de una serie de documentos que testimoniarían el embarazo de María Magdalena por Cristo, así como los testimonios del “**culto a María Magdalena como diosa en la primitiva Iglesia**”.

Hay que consignar el dato que de los nueve caballeros fundadores de la Orden del Temple solamente uno sabía leer (cosa muy común en la época), y eso, con dificultad. Tal limitación los forzó a pedir a San Bernardo de Claraval, sobrino de André de Montbard (uno de los fundadores, y el único que sabía leer), que les escribiera una regla monástica, requisito sin el cual no podían ser reconocidos legalmente por la Iglesia católica. El traslado del pedido, la redacción de la regla y su posterior trámite ante Roma fue lo que les demoró el reconocimiento oficial. La regla se llamó **"Elogio de la nueva caballería cristiana"**.

Suponer que un grupo de caballeros analfabetos, aunque nobles, se dedicaran a hacer excavaciones arqueológicas en busca de documentos perdidos raya en lo jocoso. Además, hay otro problema: ¿cómo llegaron documentos de la primitiva Iglesia cristiana al Templo de Jerusalén antes de su destrucción en la insurrección del año 70, siendo que los judíos de casta saducea, que controlaron el templo hasta el final, odiaban y perseguían a los cristianos?

El atractivo de los templarios es posterior. Nacieron como una organización muy pobre (su símbolo eran dos caballeros montados en un solo caballo, como señal de su especial pobreza). Con el transcurrir de los siglos, se hicieron sumamente ricos y poderosos, hasta poder retar a los propios reyes europeos.

Las leyendas acerca de ellos surgieron cuando se disolvió la orden, en un proceso sumamente vergonzoso para la Iglesia, cuyo centro fue estrictamente económico.

El rey Felipe IV "El Hermoso" de Francia había tenido fuertes conflictos con el papa Bonifacio VIII, hombre, este último, de carácter sumamente difícil y de una enor-

me ambición política y económica. Bonifacio emitió una bula ordenando a los obispados y monasterios de Francia que se negaran a pagar impuestos al rey francés y que los pagaran directamente a Roma. Esto provocó el cierre de fronteras por parte de Felipe, y la amenaza de excomunión como respuesta de Bonifacio (noviembre de 1302). El asunto se complicó, hasta que Felipe logró hacer capturar a Bonifacio en la ciudad de Anagni, y este fue luego liberado por el pueblo.

Como resultado de este suceso, Bonifacio cayó en una gran depresión y murió a principios de 1303, y la Iglesia europea amenazó con dividirse. Los bonifacianos querían un papa que excomulgara y condenara a Felipe y a sus cómplices en el “**sacrilegio de Anagni**”, y Felipe quería un papa que condenara a Bonifacio por hereje, cosa que este nunca fue. Como fórmula de transacción, se eligió a un francés, pero bonifaciano, que no logró solucionar nada y murió a los pocos meses. Lo sucedió otro francés, de nombre Clemente V, hombre viejo y enfermo a quien Felipe no permitió salir de Francia (era obispo de Burdeos). Este papa aceptó contentar a Felipe disolviendo la Orden de los Templarios y permitiéndole a este apoderarse de todas sus riquezas, que eran inmensas.

Según la legislación de la época, para que el rey pudiera hacer tal cosa, los acusados tenían que ser culpables de herejía y brujería, porque en ese caso sus riquezas habrían sido **necesariamente** mal habidas y el único que podría utilizarlas correctamente sería el rey, **Padre de su pueblo**.

Por esta razón, se les acusó de ser brujos y adoradores satánicos, y de haber obtenido sus poderes de sus tratos con los sarracenos y los judíos nigromantes, obteniéndose

“confesiones” bajo torturas atroces. Esto solamente fue un proceso judicial vergonzoso, pero dejó un aura de misterio que perdura hasta hoy.

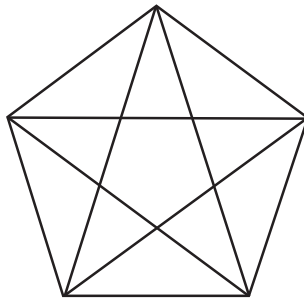
El uso de símbolos

Con respecto al uso de símbolos y a la interpretación que el autor les da, sucede lo mismo que hemos visto hasta ahora, parte de algún dato particular y lo generaliza, culpando a la Iglesia católica de la distorsión “histórica” de ese dato, que él presenta como indudable y como conocido por quien tenga **una cierta cultura**. Por supuesto que la gran mayoría de sus lectores quieren identificarse con esa “cierta cultura”, así que no ponen en duda lo señalado.

Para no cansar a la audiencia, me voy a centrar en uno al que se le da la mayor importancia. Así, tenemos el caso del **pentáculo**.

El pentáculo (pentaclo)

Se trata de una figura geométrica que consiste de una estrella de cinco puntas inscrita en un pentágono, lo que a su vez genera en su centro otro pentágono.



El registro más antiguo que se tiene de tal figura procede de los pitagóricos (500 a. C.), que la consideraban el símbolo de la perfección de la naturaleza por poder repetirse en ella, hasta el infinito, la generación de nuevas figuras exactamente iguales, unas dentro de las otras. Esto no tenía ninguna connotación religiosa; a lo sumo, una connotación de un cierto secreto, puesto que los miembros de estos grupos pitagóricos, que no siempre eran bien vistos por motivos políticos, se identificaban entre sí por medio de dicha figura.

Posteriormente encontramos esta figura, despojada del pentágono externo, en los óbolos de Pericles, monedas griegas utilizadas hacia el año 450 a. C. y que representaban el "impuesto para el ocio", contribución que tenía como finalidad el permitir a los ciudadanos libres un período de tiempo para el autocultivo (lo contrario al "negocio"), para filosofar, crear o simplemente disfrutar del arte en sus múltiples formas: música, poesía o teatro. No hay certeza al respecto, pero parece probable que el uso del pentáculo en estas monedas respondiera al afán de relacionarlas con la sabiduría que se conseguiría a través de ellas.

Más adelante, este símbolo fue utilizado por los neoplatónicos y, finalmente, por los gnósticos cristianos; recién estos últimos le atribuyeron efectos positivos reales sobre las condiciones de aprendizaje de **los psíquicos**, hombres que eran una mezcla de espíritu (absolutamente bueno) y materia (absolutamente mala), y que solamente podían pretender la salvación a través del aprendizaje (la gnosis) de la sabiduría secreta. A este proceso de aprendizaje-salvación contribuía el efecto del pentáculo.

Así pues, los primeros que se conoce que le atribuyen a este símbolo alguna capacidad sobrenatural o sagrada, se sitúan recién hacia inicios del siglo II de nuestra era, y no en relación con ninguna "diosa" o divinidad femenina. Lo que sí es probable es que la aplicación de este símbolo en asuntos mágicos o demoníacos se haya visto influida por el rechazo que hizo la Iglesia a la gnosis cristiana, que resultaba siendo una suerte de "religión a la medida" para ser vendida en Roma con el "gancho" de la promesa de dotar a sus miembros de una sabiduría secreta, arcana, reservada solamente a los iniciados.

La novela de Dan Brown sostiene que ya se usaba cuatro mil años antes de Cristo (p. 52), como símbolo religioso de la mitad femenina "divina" de todas las cosas, con el propósito de mantener "un equilibrio de poder", y menciona el yin y el yang. Aquí habría que precisar que no es clara la naturaleza religiosa del taoísmo, aunque sí sea cierto que hay religiones que requieren de ese equilibrio de opuestos, las llamadas "religiones de dioses sexuales". En el caso del incanato, estos dos principios complementarios serían Ticsi Wiracocha y la Pachamama. Hasta aquí todo bien, el problema comienza cuando afirma que "**los historiadores de la religión**" identifican este "divino complementario" con la "**<divinidad femenina>**" o "**<Venus divina>**", y la pone en el origen de la religión, mencionando una serie de nombres alternos como Ishtar o Astarté (habría que sumar Aserá y Astoreth), diosas sirofenicias, cananeas o caldeas. El problema es que el símbolo de todas estas diosas asiáticas no era el pentáculo ni el planeta Venus, sino la Luna creciente, pues siempre se relacionó el ciclo lunar con la fertilidad, y esto ocurrió porque los

ciclos de fertilidad femeninos tienen 28 días, al igual que el ciclo lunar.

¿De dónde, pues, podría provenir el interés del autor por resaltar el pentáculo? Simplemente para poder afirmar que su significado fue alterado por la Iglesia católica **“como parte de la campaña del Vaticano para erradicar las religiones paganas y convertir a las masas al cristianismo (...) identificando sus símbolos divinos con el mal”** (p. 54).

Todas las culturas mencionadas (griegos, asirios, sirios, fenicios, caldeos, persas, etc.) fueron convertidas al cristianismo durante los primeros tres o cuatro siglos de nuestra era, a través de un trabajo muy lento. Por supuesto que hablar del **Vaticano** como un ente organizado es otro anacronismo. En esa época este nombre designaba simplemente a una de las siete colinas de Roma, en la que, según la tradición, se encontraba el sepulcro del apóstol Pedro.

Las conversiones masivas recién comenzarán en los siglos VI y VII, y se centrarán en los bárbaros germanos, invasores de Europa occidental, que no tenían la menor idea de estas «diosas» o del equilibrio de los opuestos y que, más bien, practicaban religiones fuertemente centradas en dioses masculinos violentos como Odín y Thor. Aquí el proceso de **«conversión»** se dio a través de la técnica del avasallamiento. Retar a sus dioses mientras se destruían sus altares y/o se profanaba sus fiestas sagradas. Al ver que sus dioses no respondían a tales retos y acciones profanadoras, los bárbaros supusieron que el tal Cristo era un dios de tal potencia que sus dioses tradicionales eran incapaces de actuar contra los predicadores

cristianos y, en el afán de tener como protector al dios más poderoso posible, se bautizaron en masa.

Es mucho después, hacia fines del siglo XII, que se comienza a usar el pentáculo como símbolo demoníaco en ceremonias mágicas, inscribiéndolo en un doble círculo (ya no en un pentágono), y en posición invertida, lo que modifica su significado, haciéndolo referirse a "**lo inverso**" del orbe demoníaco (cruces invertidas para las "**misas negras**", la trinidad diabólica formada por "**el diablo, el anticristo y el falso profeta**", y otros símbolos invertidos). Por cierto que un pentáculo invertido sería un signo de masculinidad, por tener en su parte central inferior una proyección que vendría a simbolizar un pene.

Lo que sí me resulta jocosos es el hecho de que un pentáculo blanco inscrito en un círculo es el símbolo de las fuerzas armadas estadounidenses, y si era rojo, era el símbolo de las fuerzas armadas soviéticas. ¿Serán demoníacas? ¿Femeninas?

Así como en el caso del pentáculo, el autor maneja hábilmente datos sueltos (si es que son verdaderos), confiando en que el "momento psicológico" del lector le deje simplemente una determinada impresión, y que no vuelva a recordar el dato concreto del que procedió dicha impresión, pero que esta quede...

A modo de ejemplo final, el Opus Dei tiene fama de ser muy rico, demasiado rico; así, al iniciarse la obra, se consigna bajo el subtítulo "**Los hechos**", que la nueva sede central del Opus Dei en la avenida Lexington de Nueva York ha costado 47 millones de dólares. Una cifra que, a primera vista, parece muy abultada (¿abusiva?), hasta que se la compara con algo más cercano. El colegio San Agustín

de Lima (del que soy ex alumno) tiene un terreno de aproximadamente 70.000 m², situado en pleno distrito financiero de la ciudad; si tasamos en un precio bajo el metro, digamos en US\$ 500 (en la zona, debe estar alrededor de US\$ 750/m), nos salen 35 millones de dólares; supongamos que las construcciones, que incluyen el hermoso auditorio, el coliseo, el instituto superior tecnológico y el colegio propiamente dicho, se tasan en unos cinco millones más; tendríamos que tal colegio limeño cuesta unos 40 millones de dólares (no he querido hacer un cálculo sobre el colegio de La Inmaculada por respeto a mis amigos jesuitas). Así, ya no parece tan abultado el dato de la sede del Opus Dei en Nueva York.

El Código Da Vinci es una novela, solamente una novela, y pretender hacer historia basándose en sus datos es como, salvando las distancias, querer reconstruir la historia argentina de la década de 1970 basándose en las tiras cómicas de Mafalda.

Muchas gracias.